INVIERNO EN ORIENTE PRÓXIMO

DIARIO DE VIAJE

Estambul
15 de octubre de 1933

Melancolía: los griegos inventaron esta palabra, grave y sonora como el colorido del atardecer justo antes de apagarse. Y de melancolía estaban llenos los Balcanes. Solo lográbamos conservar una ligera impresión de la fugaz cadencia de países, fronteras, montañas y capitales. ¡Qué irredimible sucesión de horas, qué tarde tan lenta, qué sopor entre esos montes grises y esas llanuras pardas! Por todas partes se veían ovejas pastando y campos de maíz erguidos en la sequía otoñal. Los campesinos dirigían miradas de silenciosa incomprensión a los vagones cerrados de nuestro tren, las mujeres cubrían sus cuerpos rollizos con pesadas chaquetas y sus tristes rostros surcados de arrugas, con oscuros pañuelos.

Iba intentando acordarme de los nombres de los grandes zares de Bulgaria, de sus sangrientas guerras contra Bizancio, de los conquistadores otomanos. En algún momento, en una destartalada estación comenzó a tocar una orquestina. Ya había oscurecido, esa gente aguantaba el viento y seguía tocando mientras el tren volvía a ponerse en marcha… música popular, supongo… algunas notas nos siguieron tristes y desorientadas.

«De pronto, en medio de una bruma zarca la vimos: Estambul surgía del espejo del agua, con las cúpulas de la Hagia Sofía».

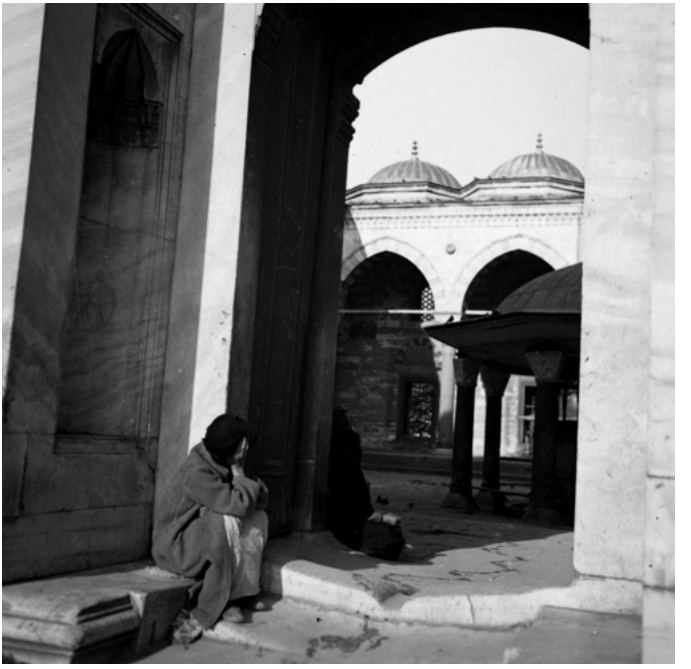
Por la mañana nos despertamos en un paisaje nuevo y profundamente desconocido: colinas áridas, estepas verdes, nubes blanquísimas arrastradas por ráfagas de viento. Ya estábamos en Asia, que nos saludaba como a gritos, con la voz ronca de los nómadas. Unos pastores vestidos de pieles y con largas carabinas al hombro corrían agitados detrás de unos caballos llamativamente pequeños; mientras, unos bueyes indolentes de anchas cornamentas y pellejos claros estaban tumbados al sol matinal. Enseguida apareció el mar, una bahía de un color azul profundo, tan luminoso en esta como en la

otra orilla, en la costa sur de Francia: allí asomada, noté qué infinitamente lejos quedaba aquella añorada Europa y por un momento me sentí invadida por la nostalgia.

Unas murallas, restos bizantinos, enfrentadas al mar y a la tierra. En sus brechas y cavidades los pastores se habían instalado con toldos, delgadas columnas de humo ascendían serpenteando hacia el cielo agitado. De pronto, en medio de una bruma zarca la vimos: Estambul surgía del espejo del agua, con las cúpulas de la Hagia Sofía (¡imagen imborrable en mi recuerdo infantil!), con sus riberas resplandecientes, barcos y velas, con un mar de casitas blancas... En sus calles, como si fuera una tentación, una se siente asaltada por un sentimiento de intemporalidad, incertidumbre y desamparo. Cuántas veces no hemos jugado con la idea de abandonar la vida que llevamos, de alejarnos de los lugares, los amigos y las ocupaciones que acostumbramos y sumergirnos en el anonimato, y aun así ¡qué lejos nos quedamos siempre de esa tentación del destino!

La ciudad en las fronteras de Asia, la puerta del mar, la espada refulgente entre Oriente y Occidente: es como una amenaza de dimensiones más allá de lo humano, incluso más allá de la naturaleza y del tiempo.

Aquí congregan a los pueblos de las llanuras de Oriente y después los empujan hacia Europa, aquí se crean religiones y se escinden y se anquilosan hasta convertirse en áurea idolatría. Aquí arriban flotas enteras, devotos caballeros cruzados se transforman en ladrones de tronos y en monarcas orientales, la civilización y la barbarie se van relevando la una a la otra, nada es único y nadie es un porfirogéneta...



«Incluso creo que logramos tomar una buena fotografía del hombre sentado en el patio de la mezquita de Bayaceto».

Estuvimos en mezquitas, bazares y zocos de artesanos. Vimos mendigos, muchachitas, aguadores, ciegos y orantes, popes, comisionistas, pescaderos, vendedores de pavos. Fuimos testigos de lo que ya conocíamos de antemano: lo abigarrado de Oriente, lo solo imperfectamente comprensible. Incluso creo que logramos tomar una buena fotografía del hombre sentado en el patio de la mezquita de Bayaceto: con un ajado caftán de seda carmesí, tendiendo la mano para pedir dinero como la más digna de las ocupaciones, escrutándonos con una sabia mirada, con la serenidad que solo puede

«Allí estaban sentados hombres mayores y muchachitos desastrados con ojos ardientes...».

dar el sufrimiento convertido en rutina y sin un ápice de cinismo. También las mujeres mayores suelen tener esa mirada; no hay que olvidar que los turcos eran un pueblo dominador y que obligaban a comerciar para ellos a los pueblos vecinos del sur y a los griegos, así como a los egipcios.

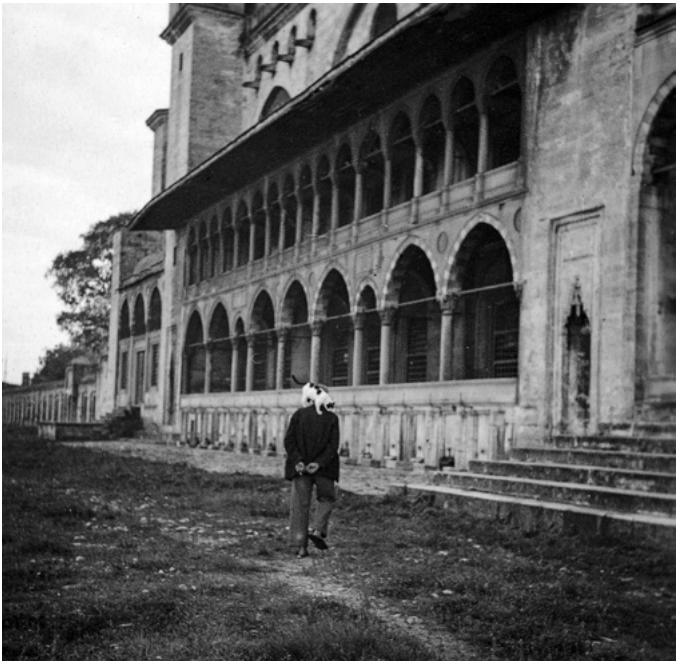
En el Gran Bazar había cierta calma. No nos ofrecían insistentemente mercaderías y nos dejaban deambular, incluso por los más oscuros y más profundos recovecos, en cuya oscuridad se veían relucir cazos de latón, candiles y filos de espada...

Allí estaban sentados hombres mayores y muchachitos desastrados con ojos ardientes, como los de los animales; estaban callados o cantaban meciéndose suavemente. Muchas veces tenían amontonados viejos trastos, algunos realmente bonitos, aunque sobre todo se trataba de cachivaches cegados y rotos.

En algunos libros antiguos pudimos ver miniaturas de delicadas líneas doradas que ya se desdibujaban en el papel amarillento, había brazaletes de filigrana con turquesas y corales maravillosamente alineados, cuchillas antiguas, trozos de platos policromados de los que ya no se pueden encontrar, iconos rusos mostrando imágenes del niño Dios con ojos enormes y de santos de rostros dorados, jirones de tejidos maravillosamente bordados. En una tienda de más categoría, encontramos un ropón de mujer de brocado damasco verde con cuello abierto y alzado, con amplias mangas de ángel, cortado para una chica alta y esbelta de hombros estrechos.

Al caer la tarde, volvimos a la Plaza de Suleimán: era muy grande y estaba veteada de hierbas. Allí, sobre el tapiz gobelino que forma el Cuerno de Oro, el cielo se convertía en un baldaquín: sobre los largos puentes y las barcas amontonadas, la torre de Gálata y el declive donde está la ciudad de Pera, el verde jardín del serrallo, la superficie azul y agitada del Bósforo, las ricas costas y las islas, los trenes costeros de color amarillo que evocan en la lejanía la estepa, Anatolia y Asia...

El muecín entonaba su cántico desde uno de los luminosos minaretes blancos. Su voz resonaba quejumbrosa, descendía flotando suavemente y se perdía cuando la dirigía hacia el otro lado de la torre. En la



«Un hombre con un gato alrededor del cuello cruzó
la plaza a paso lento».

otra orilla, sobre los barrios de Gálata y Beyoğlu, se elevaba una niebla ligera que velaba la silueta de las casas. A este lado, una suave brisa mecía el aire claro y fresco. Abajo podíamos ver las cúpulas de plomo de los comedores del Califa, las callejas estrechas en las que los herreros habían instalado sus talleres bajo las arcadas de la muralla. Se escuchaba su martilleo monótono, también las herraduras de los borricos y los zuecos con suela de madera y los gritos despaciados de los vendedores callejeros. Un hombre con un gato alrededor del cuello cruzó la plaza a paso lento.

Se detuvo a lavarse los pies en una de las fuentes, el gato maulló asustado, saltó al suelo y se dio un paseo por el césped.

Los olores en el barrio de los artesanos eran tan penetrantes que casi me estaban mareando. No solo las anchas banastas llenas de pescado, piezas grandes de un azul tornasolado; no solo mil especias, masas de carne, aceites, puestos de quesos, melones, sacos de pimienta, cervezas y mosto fermentado; no solo los incontables puestos de comidas en los que olía fuertemente a grasa de cordero, salía humo de los anafres y había bandejas llenas de tomates y de carnes, todo cubierto de una salsa amarilla y grasienta; además, allí al lado, por la calle, en los tenderetes y en los talleres, había pequeñas hogueras, cazuelas con fritos y guisos, filetes de pescado, buñuelos en almíbar, rollos de berenjena en aceite: una asfixiante vaharada de olores intensos que se entremezclaba con nubes de polvo, carbonilla y vapor. En las ventanitas de los puestos de comidas, entre pollos y palomas muertos, se podían ver, como si de símbolos paganos se tratara, cabezas de corderos despellejadas con las cuencas de los ojos vacías y bien ordenadas sobre cazuelas humeantes.

En medio del barrio de los artesanos, al final de una escalera que se elevaba entre las casas y los tenderetes, descubrimos una pequeña mezquita. Nos descalzamos y entramos: nos acogió un espacio de proporciones infinitamente puras y gratamente tranquilizador. Los muros y las columnas estaban completamente revestidos con azulejos blanquiazules de fayenza: al principio nos despistó, después nos desconcertó y,

sin embargo, acabó por conducirnos a la abstracción y el recogimiento.

Un turco me mostró un antiguo Corán manuscrito y miniado. «Trabajar en este libro sagrado —me aclaró— solo resulta posible en tanto en cuanto te abstienes de pensar. En cuanto el pensamiento disipa tu sosiego, debes interrumpir el trabajo».

Al anochecer llegó muchísima gente a la mezquita: ancianos, gente andrajosa y gente con ricas vestiduras, honrados trabajadores, comerciantes obesos, aristócratas y granujas. Nadie nos prestaba atención. A través de las ventanas enrejadas se colaba el bullicio de la calle: gritos, riñas, mercaderías, regateos. No obstante, en la más absoluta parsimonia, los más viejos cumplían con sus rezos arrodillados en alfombras.

Ankara
26 de octubre de 1933

De la nueva capital salen carreteras asfaltadas hacia la estepa, hacia cuestas y barrancos de tierras pardas y yermas. Infinitas escalas de colores juguetean en el horizonte, el cielo resulta ingente, como cuando está sobre el mar, y se extiende sobre la tierra desconsolada como una bóveda de seda transparente decorada con larguísimas franjas de nubes.

Es un desolado paisaje montañoso: la carretera cruza por entre las últimas cumbres de este mundo y nos conduce hacia lo desconocido, allí donde solo caminamos describiendo eternamente el mismo círculo...

De cuando en cuando nos encontramos con agua, un débil arroyo; aquí y allí verdean algunas matas, se

«Más adelante, en una vega entre dos montes, están construyendo un gran embalse para la ciudad de Ankara».